

Discurso de Joaquín Navarro Valls

Exmo. y Magnífico Señor Rector
Ilma. Prof. María José Pou
Señores miembros del Claustro de Profesores y de los alumnos
Señoras y Señores

Es para mi un honor encontrarme aquí hoy, para aceptar la generosa decisión de esta Universidad que ha querido conferirme un Doctorado Honoris Causa. Mi agradecimiento hoy tiene una doble motivación. Por una parte, como justa correspondencia a quien ha hecho posible esta concesión. Por otra, porque esta circunstancia me abre de nuevo las puertas del ámbito académico del que, por razones diversas, estaba alejado desde hace ya años.

En esta ocasión querría compartir con ustedes una breve reflexión sobre un aspecto particular de la vastísima enseñanza de Juan Pablo II.

Hoy en día, una de las dificultades mayores para la transmisión y la comunicación de valores – y, concretamente, de valores trascendentes – es la desaparición de un sistema común de referencias. Los sistemas de referencias son cuadros generales de supuestos característicos de cada época dentro de los cuales las palabras de uso habitual tienen un lugar, posición y significado propios. Si es posible entendernos, cuando hablamos, se debe a que las palabras que empleamos habitualmente ocupan un lugar preciso en un *cuadro de referencias **compartido*** por una comunidad en un determinado momento histórico y cultural. Términos como naturaleza humana, persona, conciencia moral, oración, Dios, vida eterna, así como familia, amor humano, sexualidad etc. poseyeron en otras épocas – al menos en países de tradición cristiana – un significado inteligible para la mayoría porque formaban parte del sistema de referencias compartido.

Durante siglos, en lo que se ha dado en llamar Occidente cristiano, existió un acuerdo en el significado de aquellas palabras. El arte, la historia, la literatura de aquellas épocas así nos lo confirman. Cuando allí y entonces se hablaba de Dios se sabía de Quién se estaba hablando. Igual ocurría cuando se hablaba de conciencia, de dignidad humana, de familia o de vida eterna.

Actualmente, la situación en este punto ha cambiado de raíz. Las sociedades occidentales han perdido su homogeneidad cultural y diversos sistemas de referencia conviven juntos en una misma comunidad, empañando de este modo el significado último de

las palabras que utilizamos. Se podría decir incluso que en estas sociedades *se ha perdido el diccionario común*. Cuando las palabras carecen de contenido real o cuando tal contenido se desconoce, los conceptos se vacían y la realidad se torna vaga y huidiza. Por ejemplo, la palabra "alma" que en Occidente perteneció al patrimonio común de conceptos, hoy puede significar cosas muy distintas según que quien la pronuncie lo haga desde posiciones empiristas, agnósticas, historicistas etc. Podría significar, por ejemplo, el principio unificador de la persona; pero también podría significar una partícula cósmica de origen incierto y futuro problemático; una metáfora de la autoconciencia humana o, simplemente, un espejo de nuestras emociones internas. Y todas esas acepciones – que en realidad se excluyen mutuamente - conviven en el lenguaje común y en las categorías culturales nuestras sociedades.

Este cuadro me fue particularmente claro hace pocas fechas cuando discutía de estas cuestiones con un académico escandinavo. Me decía: "Cuando yo pronuncio en mi país la palabra "familia" nadie sabe a qué me refiero porque más del 50 % de mis compatriotas simplemente cohabitan o son solteros con hijos; muy pocos se casan y los usos políticos y los experimentos legislativos de la realidad familiar se han empleado de tal modo que familia hoy significa cualquier agrupación de personas que viven por algún tiempo bajo el mismo techo, recordando más que nada una experiencia particular de nomadismo humano".

Por citar otro ejemplo: el concepto de naturaleza humana - postulado del pensamiento occidental durante siglos – como algo que precede e ilumina al hombre frente al nuevo teorema de que todo en él es pura construcción histórico-socio-cultural, se ha casi eclipsado en el debate antropológico de nuestros días. Y, como consecuencia, también desaparece como tema en la literatura, en la cinematografía, en la narración televisiva, y hasta en la aparente neutralidad de la información, como parece confirmarlo el modo en que una parte importante del periodismo trata las peripecias humanas cotidianas sean éstas trágicas o cómicas.

La cuestión, en definitiva, se podría formular así: cuando hay un sistema cristiano de referencias, Dios es la referencia para el hombre. Cuando se considera a Dios irrelevante, el hombre se hace autoreferencial. Y el resultado es que el ser humano se convierte en una pregunta sin respuesta y un enigma para sí mismo. Esta es una situación relativamente difundida hoy en el mundo. Y en este contexto resulta problemática la transmisión de verdades y, particularmente, de la verdad cristiana. Falta el vocabulario necesario para que el proceso de la comunicación llegue a su término: la transmisión de verdades.

Pero la dificultad no es sólo funcional a los procesos comunicativos sino que también se hace sentir a nivel teórico y práctico porque *el problema es que al hombre le resulta*

imposible pensar fuera del lenguaje. Por eso, en ausencia de un vocabulario de valores, se elabora otro lenguaje alternativo.

¿Dónde nace hoy ese lenguaje? Pienso que nace sobre todo en dos espacios bien definidos: el ámbito científico y tecnológico, y el campo de la industria de la comunicación. Lo que algunos autores y académicos llaman el "complejo científico-tecnológico" se ha convertido en el paradigma dominante de comprensión y gestión del mundo y, muy a menudo, en el parámetro con que interpretar y comprender el complejo ámbito de lo humano. El otro gran espacio en el que los términos de uso común nacen es el de la industria del entretenimiento sobre todo televisiva y cinematográfica.

Nadie niega la eficacia de esos lenguajes en su propia órbita funcional. Lo impropio de ellos es su uso para gestionar lo personal y lo humano. Y faltando un lenguaje adecuado, no podemos pensar sobre nosotros mismos ni sobre nuestra sociedad si no es con los conceptos insuficientes que nos suministra una cultura construida en medida substancial con los parámetros del "quantum" y del "ludens", es decir de la realidad mecánico-cuantificable y lúdica.

El clima cultural hoy reduce la racionalidad a una dimensión simplemente instrumental, utilitarista, calculadora o estadístico-sociológica. De este modo, el pensar pierde su capacidad metafísica y el modelo de las ciencias experimentales se convierte en el parámetro y el criterio de racionalidad. El pensamiento, reducido a un estado de debilidad, no puede entender ya al ser humano si no es desde una perspectiva relativa y pragmática. Todo, en definitiva, se convierte en opinión.

Pues bien, el Pontificado de Juan Pablo II ha emprendido la tarea de reconstruir aquel vocabulario común que no existe ya en nuestra época y que, sin embargo, es imprescindible para que pueda entenderse hoy la realidad humana y el universo de valores cristianos. Es decir, para que el Evangelio pueda ser primero entendido y luego aceptado y practicado. La aparente dificultad formal de algunos de sus documentos tiene una doble explicación: por un lado, no dar por válido el significado de los términos del lenguaje común como medio de comunicación; por otro, razonar desde la raíz de la experiencia humana y cristiana con el fin de volver a definir cada término. Algo así como el músico que afina cuidadosamente su instrumento antes de un concierto, ejercicio sin el cual la disonancia inevitable malogra cualquier partitura por sublime que sea su concepción.

Este modo de presentar la verdad cristiana era ya una señal distintiva en los escritos y la actividad pastoral de Karol Wojtyla y lo ha seguido siendo en la inmensa obra magisterial de Juan Pablo II. Cuando en 1960 escribe "Amor y responsabilidad", se da cuenta de que algunos conceptos morales allí contenidos, eran difíciles de entender por la mentalidad moderna faltando una idea adecuada de quién es la persona humana. Y con esa intención

escribe algunos años después "Persona y acto", en donde sienta las bases antropológicas que permiten entender todo lo que la ética cristiana requiere de la persona humana.

En los documentos magisteriales de Juan Pablo II esta misma voluntad de reconstrucción conceptual me parece aún más evidente.

El carácter sintético de esta reflexión me permite sólo mencionar dos ejemplos en esta perspectiva.

La encíclica "Fides et ratio" crea el sistema de referencias adecuado para enfocar uno de los temas no resueltos de la modernidad: el pesimismo engendrado por la supuesta incapacidad de la razón humana para conocer verdades fuera del campo de lo experimental. Todo lo que hoy no entra en la capacidad de control de la razón científico-positiva es expulsado del ámbito racional. Si el único tipo de razón es el modelo de la razón científico-positiva, cualquier contenido trascendente pertenecerá al campo de lo subjetivo-intimista. La cuestión de la verdad absoluta e incondicionada es eliminada de la investigación cultural y del saber racional. Concretamente, la pregunta religiosa y su respuesta en la fe, está sólo destinada recluirse en el ámbito de lo mitológico o del sentimiento irracional.

En este paisaje cultural, Juan Pablo II argumenta la capacidad de la razón humana para alcanzar – de acuerdo con la naturaleza limitada de lo humano - las verdades fundamentales de la existencia: la espiritualidad e inmortalidad del alma; la posibilidad de formular juicios no sólo auténticos, sino sobre todo verdaderos; la capacidad de captar el bien y de seguir la norma moral. Es decir, de responder racionalmente a aquellas cuestiones últimas ante las que el conocimiento científico-experimental permanece mudo. No es por lo tanto extraño el interés también académico y alejado de la geografía católica, con que fue recibido aquel documento.

Tal vez una de las esferas semánticas a las que el Papa haya dedicado mayor esfuerzo clarificador sea la del amor humano. Como todos ustedes saben, uno de los conceptos críticos de nuestra época es el de la relación amorosa interpersonal y todo lo que con ella se relaciona, como el tema de la familia, el matrimonio, o la sexualidad humana.

La comprensión de la moral cristiana acerca de esas realidades se hace hoy extraordinariamente difícil como consecuencia de la confusión antropológica. Lo verdaderamente problemático no es la estructura de la norma moral sino la debilidad de la reflexión sobre los conceptos de naturaleza humana y de persona.

Consciente de esta situación, Juan Pablo II dedicó una larga serie de audiencias a explicitar detalladamente los fundamentos antropológicos, filosóficos y escriturísticos del tema del amor. El resultado fue una obra monumental - "Hombre y mujer los creó" - en la que se propone una concepción audaz y vigorosa sobre uno de los temas capitales de nuestra época: la relación amorosa de las personas humanas.

. Por todo esto, la enseñanza de Juan Pablo II no es la repetición de una serie de postulados dogmáticos, ni se identifica con la formulación condensada de un catecismo de afirmaciones. El mensaje que Juan Pablo II comunica en el campo de la moral, no carga al hombre de deberes que no entiende, sino que le ayuda a entender que la aceptación de determinadas responsabilidades morales es el único modo para llegar a ser lo que se es; es decir, persona humana.

Naturalmente, esta gigantesca tarea de rehacer los parámetros conceptuales de una época exigía medios extraordinarios puesto que de lo que se trataba era de invertir una de las más populares pretensiones culturales de nuestra época que, como ustedes saben es la **subjetivización del hecho religioso**. Y en esta perspectiva se podría también entender el obstinado viajar característico de aquel Pontificado. Sus viajes no sólo han permitido una difusión global de valores sino que, atrayendo constantemente el interés de los medios, sobre todo de los electrónicos, han terminado por situar el tema religioso precisamente en el centro de visión de nuestra época. El hecho religioso y la pregunta trascendental se hacen, de algún modo, inevitables.

Quizás su última gran tarea de rehacer un sistema común de referencias la haya realizado Juan Pablo II con su ancianidad, su enfermedad y su muerte. La decadencia biológica del ser humano aparece silenciada a menudo en nuestro paisaje cultural. Problematizada, como está, la debilidad física es señalada como escándalo. Parece como si esas circunstancias – por otro lado universales e inevitables – fueran un absurdo del que ninguna exégesis podría extraer sentido alguno para la historia humana. Creo que él ha transmitido nítidamente la verdad de que la vida humana conduce a la muerte como a su final pero no como a su sentido último. Es más, que la vulnerabilidad física y los límites que ella trae consigo, son una revelación de la estructura de lo humano desde la que recibe nueva luz el sentido de la responsabilidad de la propia vida. Y que ignorar esa revelación es lo mismo que resignarse a vivir en un nivel inferior a lo humano.

Agradezco de nuevo a la Universidad C. Herrera el honor que me hace y a ustedes su atención. Gracias.

Dr. Joaquín Navarro-Valls